rústicas mesas, esperábales Saturna, y allí era la separación, algunas noches tan dolorosa y patética como si Horacio se marchara para el fin del mundo, ó Tristana se despidiera para meterse monja. Al fin, al fin, después de mucho tira y afloja, conseguían despegarse, y cada mitad se iba por su lado. Aún se miraban de lejos, adivinándose, más que viéndose, entre las sombras de la noche.

X

Tristana, según su expresión, no temía, después de enamorada, ni al toro corpulento, ni á la serpiente boa, ni al fiero león del Atlas; pero tenía miedo de D. Lope, viéndole ya cual mónstruo que se dejaba tamañitas á cuantas fieras y animales dañinos existen en la creación. Analizando su miedo, la señorita de Reluz creía encontrarlo de tal calidad que podía, en un momento dado, convertirse en valor temerario y ciego. La desavenencia entre cautiva y tirano se acentuaba de día en día. D. Lope llegó al colmo de la impertinencia, y aunque ella le ocultaba, de acuerdo con Saturna, las saliditas vespertinas, cuando el anciano galán le decía con semblante fosco «tú sales, Tristana, sé que sales; te lo

conozco en la cara», si al principio lo negaba la niña, luégo asentía con su desdeñoso silencio. Un día se atrevió á responderle: «Bueno, pues salgo, ¿y qué? ¿He de estar encerrada toda mi vida?»

Don Lope desahogaba su enojo con amenazas y juramentos, y luégo, entre airado y burlón le decía: «Porque nada tendrá de particular que, si sales, te acose algún mequetrefe, de estos *bacillus vírgula* del amor que andan por ahí, único fruto de esta generación raquítica, y que tú, á fuerza de oir sandeces, te marees y le hagas caso. Mira, niñita, mira que no te lo perdono. Si me faltas, que sea con un hombre digno de mí. ¿Y dónde está ese hombre, digno rival de lo presente? En ninguna parte, ¡vive Dios! Cree que no ha nacido... ni nacerá. Así y todo, tú misma reconocerás que no se me desbanca á mí tan fácilmente... Ven acá: basta de moñitos. ¡Si creerás que no te quiero ya! ¡Cómo me echarías de menos si te fueras de mí! No encontrarías más que tipos, de una insipidéz abrumadora... Vaya, hagamos las paces. Perdóname si dudé de tí. No, no, tú no me engañas. Eres una mujer superior, que conoce el mérito y...»

Con estas cosas, no menos que con sus arranques de mal genio, D. Lope llegó á ins-

pirar á su cautiva un aborrecimiento sordo y profundo, que á veces se disfrazaba de menosprecio, á veces de repugnancia. Horriblemente hastiada de su compañía, contaba los minutos esperando el momento en que solía echarse á la calle. Causábale espanto la idea de que cayese enfermo, porque entonces no saldría, ¡Dios bendito! y ¿qué sería de ella presa, sin poder...? No, no, esto era imposible. Habría paseito, aunque D. Lope enfermase ó se muriera. Por las noches, casi siempre fingía Tristana dolor de cabeza para retirarse pronto de la vista y de las odiadas caricias del D. Juan caduco. «Y lo raro es—decía la niña, á solas con su pasión y su conciencia,—que si este hombre comprendiera que no puedo quererle, si borrase la palabra amor de nuestras relaciones, y estableciera entre los dos... otro parentesco, yo le querría, sí señor, le querría, no sé cómo, como se quiere á un buen amigo, porque él no es malo, fuera de la perversidad monomaniaca de la persecución de mujeres. Hasta le perdonaría yo el mal que me ha hecho, mi deshonra, se lo perdonaría de todo corazón, sí, sí, con tal que me dejase en paz... Dios mío, inspírale que me deje en paz, y yo le perdonaré, y hasta le tendré cariño, y seré como las hijas demasiado humildes que parecen criadas, ó como las sirvientes leales, que ven un padre en el amo que les da de comer.»

Felizmente para Tristana, no sólo mejoró la salud de Garrido, desvaneciéndose con esto los temores de que se quedara en casa por las tardes, sino que debió de tener algún alivio en sus ahogos pecuniarios, porque cesaron sus murrias impertinentes, y se le vió en el temple sosegado en que vivir solía. Saturna, perro viejo y machucho, comunicó á la señorita sus observaciones sobre este particular. «Bien se ve que el amo está en fondos, porque ya no se le ocurre que yo pueda ensuciarme por un cuarto de escarola, ni se olvida del respeto que, como caballero, debe á las que llevamos una falda, aunque sea remendadita. Lo malo es que cuando cobra los atrasos, se los gasta en una semana, y luégo... adiós caballería, y otra vez ordinario, cominero y métome-en-todo.» Al propio tiempo, volvió D. Lope á poner en el cuidado de su persona un prolijo esmero señoril, acicalándose como en sus mejores tiempos. Ambas mujeres dieron gracias á Dios por esta felíz restauración de costumbres, y aprovechando las ausencias metódicas del tirano, entregóse la niña con toda libertad al inefable goce de sus paseitos con el hombre que amaba.

El cual, por variar el escenario y la deco-

ración, llevaba un coche las más de las tardes, y metiéndose los dos en él, se daban el gustazo de alejarse de Madrid casi hasta perderlo de vista. Testigos de su dicha fueron el cerro de Chamartín, las dos torres, que parecen pagodas, del colegio de los jesuitas, y el pinar misterioso; hoy el camino de Fuencarral, mañana las sombrías espesuras del Pardo, con su suelo de hojas metálicas erizadas de picos, las fresnedas que bordean el Manzanares, las desnudas eminencias de Amaniel, y las hondas cañadas del Abroñigal. Dejando el coche, paseaban á pié largo trecho por los linderos de las tierras labradas, y aspiraban con el aire las delicias de la soledad y plácida quietud, recreándose en cuanto veían, pues todo les resultaba bonito, fresco y nuevo, sin reparar que el encanto de las cosas era una proyección de sí mismos. Retrayendo los ojos hacia la causa de tanta hermosura, que en ellos residía, entregábanse al inocente juego de su discretismo, que á los no enamorados habría parecido empalagoso. Sutilizaban los porqués de su cariño, querían explicar lo inexplicable, descifrar el profundo misterio, y al fin paraban en lo de siempre, en exigirse y prometerse más amor, en desafiar la eternidad, dándose garantías de fe inalterable en vidas sucesivas, en los cer-

cos nebulosos de la inmortalidad, allá donde habita la perfección y se sacuden las almas el polvo de los mundos en que penaron.

Mirando á lo inmediato y positivo, Horacio la incitaba á subir con él al estudio, demostrándole la comodidad y reserva que aquel local les ofrecía para pasar juntos la tarde. ¡Flojitas ganas tenía ella de ver el estudio! Pero tan grande como su deseo era su temor de encariñarse demasiado con el nido, y sentirse en él tan bien, que no pudiera abandonarlo. Barruntaba lo que en la vivienda de su ídolo, vecina de los pararrayos, según Saturna, podría pasarle; es decir, no lo barruntaba, lo veía tan claro que más no podía ser. Y le asaltaba el recelo amarguísimo de ser menos amada después de lo que allí sucediera, como se pierde el interés del jeroglífico después de descifrado; recelaba también que el caudal de su propio cariño disminuyera, prodigándose en el grado supremo.

Como el amor había encendido nuevos focos de luz en su inteligencia, llenándole de ideas el cerebro, dándole asimismo una gran sutileza de expresión para traducir al lenguaje los más hondos misterios del alma, pudo exponer á su amante aquellos recelos con frase tan delicada y tropos tan exquisitos, que decía cuanto en lo humano cabe, sin decir

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" MONTERREY, MEXICO

nada que al pudor pudiera ofender. Él la comprendía, y como en todo iban acordes, devolvíale con espiritual ternura los propios sentimientos. Con todo, no cejaba en su afán de llevarla al estudio. «¿Y si nos pesa después?—decía ella.—Temo la felicidad, pues cuando me siento dichosa, paréceme que el mal me acecha. Créete que en vez de apurar la felicidad, nos vendría bien ahora algún contratiempo, una miajita de desgracia. El amor es sacrificio, y para la abnegación y el dolor debemos estar preparados siempre. Imponme un sacrificio grande, una obligación penosa, y verás con qué gusto me lanzo á cumplirla. Suframos un poquitín; seamos buenos...

—No, lo que es á buenos no hay quien nos gane—decía Horacio con gracejo.—Nos pasamos ya de angelicales, alma mía. Y eso de imponernos sufrimientos es música, porque bastantes trae la vida sin que nadie los busque. Yo también soy pesimista; por eso, cuando veo el bien en puerta, lo llamo y no lo dejo marcharse, no sea que después, cuando lo necesite, se empeñe en no venir el muy pícaro...

Surgía en ambos, con estas y otras cosas, un entusiasmo ardiente; á las palabras sucedían las ternezas, hasta que un arranque de dignidad y cordura les ponía de perfecto

acuerdo para enfrenar su inquietud y revestirse de formalidad, engañosa si se quiere, pero que por el momento les salvaba. Decían cosas graves, pertinentes á la moral; encomiaban las ventajas de la virtud, y lo hermoso que es quererse con exquisita y celestial pureza. Como que así es más fino y sutil el amor, y se graba más en el alma. Con estas dulces imposturas iban ganando tiempo, y alimentaban su pasión, hoy con anhelos, mañana con suplicios de Tántalo, exaltándola con lo mismo que parecía destinado á contenerla, humanizándola con lo que divinizarla debiera, ensanchando por la margen del espíritu, así como por la de la materia, el cauce por donde aquel raudal de vida corría.

XI

Por sus pasos contados vinieron las confidencias difíciles, abriéronse las páginas biográficas que más se resisten á la revelación, porque afectan á la conciencia y al amor propio. Es ley de amor el inquirir, y lo es también el revelar. La confesión procede del amor, y por él son más dolorosas las apreturas de la conciencia. Tristana deseaba confiar á Horacio los hechos tristes de su vida, y no se conceptuaba dichosa hasta no efectuarlo. Entre-

veía ó más bien adivinaba el artista un misterio grave en la existencia de su amada, y si al principio, por refinada delicadeza, no quiso echar la sonda, llegó día en que los recelos del hombre y la curiosidad del enamorado pudieron más que sus finos miramientos. Al conocer á Tristana, creyóla Horacio, como algunas gentes de Chamberí, hija de D. Lope. Pero Saturna, al llevarle la segunda carta, le dijo: «La señorita es casada, y ese D. Lope, que usted cree papá, es su propio marido inclusive.» Estupefacción del joven artista; pero el asombro no impidió la credulidad... Así quedaron las cosas, y por bastantes días persistió en Horacio la costumbre de ver en su conquista la legítima esposa del respetable y gallardo caballero, que parecía figura escapada del *Cuadro de las Lanzas*. Siempre que ante ella le nombraba, decía: «tu marido acá, tu marido allá...» y ella no se daba maldita prisa en destruir el error. Pero un día, al fin, palabra tras palabra, pregunta sobre pregunta, sintiendo invencible repugnancia de la mentira, y hallándose con fuerzas para cerrar contra ella, Tristana, ahogada de vergüenza y dolor, se determinó á poner las cosas en su lugar.

«Te estoy engañando, y no debo ni quiero engañarte. La verdad se me sale á la boca, y

no puedo contenerla más. No estoy casada con mi marido... digo, con mi papá... digo, con ese hombre... Un día y otro pensaba decírtelo; pero no me salía, hijo, no me salía... Ignoraba, ignoro aún si lo sientes ó te alegras, si valgo más ó valgo menos á tus ojos... Soy una mujer deshonrada, pero soy libre. ¿Qué prefieres?... ¿que sea una casada infiel, ó una soltera que ha perdido su honor? De todas maneras creo que, al decírtelo, me lleno de oprobio... y no sé... no sé.» No pudo concluir, y rompiendo en lágrimas amargas, ocultó el rostro en el pecho de su amigo. Largo rato duró aquel espasmo de sensibilidad. Ninguno de los dos decía nada. Por fin saltó ella con la preguntita de cajón: «¿Me quieres más ó me quieres menos?

—Te quiero lo mismo... no; más, más, siempre más.

No se hizo de rogar la niña para referir *á grandes rasgos* el cómo y cuándo de su deshonra. Lágrimas sin fin derramó aquella tarde; pero nada omitió su sinceridad, su noble afán de confesión, como medio seguro de purificarse. «Recogióme cuando me quedé huérfana. Él fué, justo es decirlo, muy generoso con mis padres. Yo le respetaba y le quería; no sospechaba lo que me iba á pasar. La sorpresa no me permitió resistir. Era yo entonces

un poco más tonta que ahora, y ese hombre maldito me dominaba, haciendo de mí lo que quería. Antes, mucho antes de conocerte, abominaba yo de mi flaqueza de ánimo; cuanto más ahora que te conozco. ¡Lo que he llorado, Dios mío!... ¡las lágrimas que me ha costado el verme como me veo...! Y cuando te quise, dábanme ganas de matarme, porque no podía ofrecerte lo que tú te mereces... ¿Qué piensas? ¿Me quieres menos ó me quieres más? Díme que más, siempre más. En rigor de verdad, debo parecerte ya menos culpable, porque no soy adúltera; no engaño sino á quien no tiene derecho á tiranizarme. Mi infidelidad no es tal infidelidad, ¿qué te parece? sino castigo de su infamia; y este agravio que de mí recibe se lo tiene bien merecido.»

No pudo menos Horacio de manifestarse más celoso al saber la ilegitimidad de los lazos que unían á Tristana con D. Lope. «No, si no le quiero—dijo ella con énfasis,—ni le he querido nunca. Para expresarlo todo de una vez, añadiré que desde que te conocí empecé á sentir hacia él un terrible desvío... Después... ¡Ay, Jesús, me pasan cosas tan raras!... Á veces paréceme que le aborrezco, que siento hacia él un odio tan grande como el mal que me hizo; á veces... todo te lo confieso, todo... siento hacia él cierto cariño, como de hija, y me parece que si él me tratara como debe, como un padre, yo le querría... Porque no es malo, no vayas á creer que es muy malo, muy malo... No; allí hay de todo: es una combinación monstruosa de cualidades buenas y de defectos horribles; tiene dos conciencias, una muy pura y noble para ciertas cosas, otra que es como un lodazal; y las usa según los casos: se las pone como si fueran camisas. La conciencia negra y sucia la emplea para todo cuanto al amor se refiere. ¡Ah, no creas! ha sido muy afortunado en amores. Sus conquistas son tantas que no se pueden contar. ¡Si tú supieras...! Aristocracia, clase media, pueblo... en todas partes dejó memoria triste, como D. Juan Tenorio. En palacios y cabañas se coló, y no respetó nada el muy trasto, ni la virtud, ni la paz doméstica, ni la santísima religión. Hasta con monjas y beatas ha tenido amores el maldito, y sus éxitos parecen obra del Demonio. Sus víctimas no tienen número: maridos y padres burlados; esposas que se han ido al Infierno, ó se irán cuando mueran; hijos... que no se sabe de quien son hijos. En fin, es hombre muy dañino, porque además tira las armas con gran arte, y á más de cuatro les ha mandado al otro mundo. En su juventud tuvo arrogan-

te figura, y hasta hace poco tiempo todavía daba un chasco. Ya comprenderás que sus conquistas han ido desmereciendo en importancia según le iban pesando los añitos. Á mí me ha tocado ser la última. Pertenezco á su decadencia...»

Oyó Díaz estas cosas con indignación primero, con asombro después, y lo único que se le ocurrió decir á su amada fué que debía romper cuanto antes aquellas nefandas relaciones, á lo que contestó la niña muy acongojada que era esto más difícil de decir que de practicar, pues el muy ladino, cuando advertía en ella síntomas de hastío y pruritos de separación, se las echaba de padre, mostrándose tiránicamente cariñoso. Con todo, fuerza era dar un gran tirón para arrancarse de tan ignominiosa y antipática vida. Horacio la incitó á proceder con firmeza, y á medida que se agigantaba en su mente la figura del D. Lope, más viva era su resolución de burlar al burlador y de arrancarle su víctima, la postrera quizás, y sin duda la más preciosa.

Volvió Tristana á su casa en un estado moral y mental lastimoso, disparada de los nervios, febril, y dispuesta á consumar cualquier desatino. Tocábale aquella noche aborrecer á su tirano, y cuando le vió llegar, ri-

sueño y con humor de bromas, entróle tal rabia, que de buena gana le habría tirado á la cabeza el plato de la sopa. Durante la comida, D. Lope estuvo decidor, y echaba chafalditas á Saturna, diciéndole, entre otras cosas: «Ya, ya sé que tienes un novio ahí en Tetuán, ese que llaman *Juan y Medio* por lo largo que es, el herrador... ya sabes. Me lo ha dicho Pepe, el del tranvía. Por eso, á la caída de la tarde, andas desatinada por esos caminos, buscando los rincones obscuros, y no falta una sombra larga y escueta que se confunda con la tuya.

—Yo no tengo nada con *Juan y Medio*, señor... Que me pretenda él... no sé; podrá ser. Me hacen la rueda otros que valen más... hasta señoritos. Pues qué se cree, ¿que sólo él tiene quien le quiera?

Seguía Saturna la broma, mientras Tristana se requemaba interiormente, y lo poco que comió se le volvía veneno. Á D. Lope no le faltaba apetito aquella noche, y daba cuenta pausadamente de los garbanzos del cocido, como el más pánfilo burgués, del modesto principio, más de carnero que de vaca, y de las uvas del postre, todo acompañado con tragos del vino de la taberna próxima, malísimo, que el buen señor bebía con verdadera resignación, haciendo muecas cada vez que á

la boca se lo llevaba. Terminada la comida, retiróse á su cuarto y encendió un puro, llamando á Tristana para que le hiciese compañía; y estirándose en la butaca, le dijo estas palabras, que hicieron temblar á la joven:

«No es sólo Saturna la que tiene un idilio nocturno por ahí. Tú también lo tienes. No, si nadie me ha dicho nada... Pero te lo conozco; hace días que te lo leo... en la cara, en la voz.

Tristana palideció. Su blancura de nácar tomó azuladas tintas á la luz del velón con pantalla que alumbraba el gabinete. Parecía una muerta hermosísima, y se destacaba sobre el sofá con el violento escorzo de una figura japonesa, de esas cuya estabilidad no se comprende, y que parecen cadáveres risueños pegados á un árbol, á una nube, á incomprensibles fajas decorativas. Puso al fin en su cara exangüe una sonrisilla forzada, y sobrecogida contestó: «Te equivocas... yo no tengo...» D. Lope se le imponía de tal modo, y la fascinaba con tan misteriosa autoridad, que ante él, aun con tantas razones para rebelarse, no sabía tener ni un respiro de voluntad.

XII

«Lo sé—añadió el D. Juan en decadencia, quitándose las botas y poniéndose las zapatillas, que Tristana, para disimular la estupefacción en que había quedado, le trajo de la alcoba cercana.—Yo soy muy lince en estas cosas, y no ha nacido todavía la persona que me engañe y se burle de mí. Tristana, tú has encontrado por ahí un idilio; te lo conozco en tus inquietudes de estos días, en tu manera de mirar, en el cerco de tus ojos, en mil detalles que á mí no se me escapan. Soy perro viejo, y sé que toda joven de tu edad, si se echa diariamente á la calle, tropieza con su idilio. Ello será de una manera ó de otra. Á veces se encuentra lo bueno, á veces lo detestable. Ignoro cómo es tu hallazgo; pero no me niegues, por tu vida.

Tristana volvió á negar con ademanes y con palabras; pero tan mal, tan mal, que más le valiera callarse. Los penetrantes ojos de D. Lope, clavados en ella, la sobrecogían, la dominaban, causándole terror y una dificultad extraordinaria para mentir. Con gran esfuerzo quiso vencer la fascinación de aquella mirada, y repitió sus denegaciones.

«Bueno, defiéndete como puedas—prosi-